

José Manuel Marrasé (2019). *La educación invisible. Inspirar, sorprender, emocionar, motivar*. Madrid: Narcea de Ediciones (Col. “Educadores Siglo XXI”). 173 págs. ISBN: 978-84-277-2617-8. ePdf: 978-84-277-2618-5. ePub: 978-84-277-2619-2

Alberto José Pazo Labrador¹

¹ Universidad de Vigo. apazo@uvigo.es

Recibido: 27/09/2019
Aceptado: 18/10/2019

Copyright ©
Facultad de CC. de la Educación y Deporte.
Universidad de Vigo



Dirección de contacto:
Alberto José Pazo Labrador
Facultad de Ciencias da Educación e do Deporte
Campus A Xunqueira, s/n
36005 PONTEVEDRA

Hay una educación invisible, que trasciende programas, marcos institucionales, planteamientos y modelos didácticos, y que impregna el aula y a los alumnos y alumnas, y por eso es útil a largo plazo, que fomenta la motivación, la pasión por aprender y conocer, por seguir aprendiendo y conociendo a lo largo de la vida. Que, en definitiva, hace crecer a los jóvenes como personas, una educación en sentido holístico. De eso trata este libro de José Manuel Marrasé, un libro reflexivo, escrito desde la experiencia y que hace de la reflexión una guía para enriquecer, en estos tiempos difíciles, el “oficio de educar”, que debe prevalecer siempre sobre el “oficio de enseñar”.

En estos momentos de encrucijada, de lo que muchos llaman “parteaguas” histórico, lleno de incertidumbres ante los rápidos cambios sociales y económicos, donde el sistema educativo va a remolque de ellos, aquella educación que impregne los valores humanistas y democráticos, que siembre la emoción del conocimiento, requiere unos docentes que sean capaces, con su ejemplo, de inspirar, de insuflar optimismo, afán de conocer, sentido crítico, emociones, sensibilidad y actitudes positivas y de respeto hacia el otro. La educación debe ser holística, poniendo el énfasis en los valores humanistas más profundos y trascendiendo la mera instrucción, el utilitarismo y el “resultadismo” que demanda la sociedad líquida en la que vivimos. Y el autor predica con el ejemplo de su trayectoria biográfica, pues a su sólida formación en el campo de las ciencias “puras” añade un doctorado en Sociología y en Ciencias Políticas: la educación holística, que por encima de las estrecheces que imponen los rígidos marcos disciplinares, ha de abogar por la sensibilidad y la emoción, por consolidar la comprensión.

La educación invisible. Inspirar, sorprender, emocionar, motivar se organiza en tres partes donde Marrasé, completando otros trabajos suyos anteriores, articula una clase magistral sobre la satisfacción de educar. La primera parte, *El sentido de educar*, es una reflexión sobre el hecho de que ante una sociedad que demanda resultados tangibles a la escuela o a cualquier nivel educativo, y para no pervertir precisamente el verdadero sentido de la educación, debe buscarse un sentido más profundo, abriendo horizontes, impulsando la libertad y el sentido crítico, creando

capacidades y estimulando el afán por el conocimiento: “el papel del docente se debería basar en conseguir la permanencia y desarrollo de la aventura del conocimiento, entendido como interrogación y curiosidad, más que en asegurar contenidos” (pp. 27-28).

Ello debe llevarnos, como docentes, a alimentar la motivación intrínseca del alumnado, en competencia con la “segunda aula”, el contexto sociofamiliar y los estilos de vida impuestos que se oponen a menudo al ideal de una verdadera educación, necesitada de tiempo, de paciencia y de persistencia, lo que entra en contradicción con la demanda de “instantaneidad” de nuestra sociedad líquida. Contrarrestar los pseudovalores que impone esta sociedad, que abandonan lo genuinamente humano en pos de lo meramente material, es una tarea titánica pero apasionante que solo una educación como la entiende Marrasé puede conseguir: “nuestra energía, nuestra dedicación y nuestro ejemplo en positivo son la fuerza educativa más arrolladora, la correa de transmisión entre el profundo significado de educar y las formas por las cuales impregnamos a nuestros alumnos de este significado” (p. 29), sin olvidar que el papel necesario de la familia cooperando para conseguir este sentido profundo de la educación se erige también como algo fundamental.

La segunda parte se titula *Los verbos del aula*. Es el cuerpo central del libro y, desarrollando las ideas expresadas en la primera parte, expone aquellos verbos que, según el autor, arman esa educación invisible que debe guiar la acción del docente en el aula, y que pueden inspirar unas actitudes proactivas y optimistas en la escuela. Son diez, pero según Marrasé, cada uno de nosotros añadirá probablemente otros igual de provechosos:

- Inspirar, comunicando pasión y energía, viviendo el aula. Favorecer la inspiración de cada alumno y alumna para potenciar su motivación intrínseca, ayudarlos a crecer, aprender y ser creativos. Se trata de consolidar valores y sensaciones que perdurarán en el tiempo, que consigan mantener el deseo permanente de aprender.
- Observar y observarse, autoconocerse como docentes, observar y observarnos a nosotros mismos, interpretando señales, actitudes, emociones, potenciales y anhelos.
- Escuchar, para conocer y entender a los alumnos, acompañándolos en su aventura formativa. Escuchar desde la asertividad, buscando el equilibrio “yo + tú = nosotros que nos conduce a las dinámicas de sanas complicidades en las aulas” (p. 79).
- Sentir, inducir la sensibilidad hacia el conocimiento, mediante la sorpresa y la activación de la capacidad de asombro en el alumnado, emitiendo constantemente el mensaje de la pasión por el conocimiento.
- Pensar, enseñar a pensar con autonomía y rigor, establecerlo como un hábito en diálogo constante con los alumnos y alumnas.
- Persistir, con una actitud resiliente y de constancia, que además de ser un valor importante (mal visto sin embargo por la sociedad líquida), constituye “un bucle que se retroalimenta, y la persistencia y el esfuerzo son los canales que enlazan conocimiento e imaginación, que unen formación e innovación” (p. 100). Los

procesos educativos, y más en una educación holística por la que se aboga, requieren de tiempo y de persistencia.

- Comunicar, de forma abierta y sincera, sensible, significativa y eficaz, para “realimentar” continuamente la pasión por el conocimiento. Por ello, la comunicación debe ser integral y se convierte en un reto, en la razón de ser del docente para conseguir un aprendizaje significativo.
- Comprender, verbo en estrecha relación con el anterior. Saber conjuntar el binomio comunicar-comprender, requiere “comunicar desde la emoción y hacia la comprensión” (p. 113), con interacciones constantes en el aula, persistentes y que trasciendan los valores de la inmediatez y la mera apariencia.
- Leer, que debe ser el vehículo fundamental para abrir los horizontes personales y ampliar la mente de los alumnos. Bajo nuestro punto de vista, es uno de los apartados más bellos y escritos con más pasión de todo el libro.
- Motivar, activar la motivación intrínseca para el aprendizaje, mediante el contagio del entusiasmo para avanzar y crecer como “ciudadanos libres, tolerantes y solidarios, culturalmente instruidos y socialmente responsables” (p. 128).

La tercera parte del libro, *Educar para tiempos nuevos*, cierra, como dice el autor, el círculo y vuelve a incidir en el papel fundamental de la apuesta por valores humanistas intemporales, que impulsen la motivación intrínseca, la creatividad, la pasión por el conocimiento. Se trata, según Marrasé, de “humanizar el aula”, para comprender al ser humano en su conjunto, educando con alma, con sentido y fondo ético: solo así funcionará adecuadamente el necesario binomio “profesor apasionado-alumno motivado”.

El autor hace una afortunada analogía de su concepción de la educación holística invisible con el cuidado que debe llevar al crecimiento de un árbol sano y robusto: “Nuestro papel consiste en abonar la tierra con ideas de comprensión que puedan dotarlos de la fortaleza y la savia para apuntar hacia arriba, pero también hacia los lados, para ser íntimamente felices y para cubrir con sus largas ramas, con sus vigorosas hojas, la felicidad de los demás (pp. 153-154). Proporcionar, en suma, una educación sólida que va a resistir el paso del tiempo, trascendiendo la mera instrucción y el utilitarismo, enfatizando valores humanísticos que impregnen una formación holística.

En definitiva, se trata de un libro que nos deja con una sensación de bienestar, con la idea de que, pese a todo y pese a muchos, ser docente vale la pena, de que la satisfacción de educar radica no en conseguir buenos resultados académicos –que sin duda también son importantes–, tal y como nos lo impone la sociedad en la que para bien o para mal estamos inmersos, sino en lograr impregnar e inspirar valores, hábitos, la capacidad de sorpresa, el deseo de aprender y de seguir aprendiendo, induciendo y fomentando la curiosidad constantes. Un libro empapado, sobre todo, de bondad.